Agraïment dels nous acadèmics corresponents

José de la Mano

Acadèmic corresponent per Madrid. galeria@josedelamano.com

Excel·lentíssim senyor president de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi, il·lustríssims acadèmics i acadèmiques, senyores i senyors, amics tots.

Hauria desitjat que la meva intervenció s'hagués fet sencera fins al final en la vostra llengua. Però, per raons de respecte al català, hauré de continuar en castellà.

En esta ocasión el protocolo de la Reial Acadèmia de Sant Jordi me ha venido sin duda a honrar, al invitarme esta tarde a que en nombre de los nuevos académicos correspondientes diera este discurso como sentido agradecimiento a esta magna institución. Hace ya bastante tiempo, el 14 de julio de 1781 Gaspar Melchor de Jovellanos en la lectura de su "Oración" ante los académicos de San Fernando, comenzaba así: «[...] quisiera emplear mi débil voz en alguna materia digna del día, digna de los oyentes y digna de nuestro mismo instituto ¿dónde hallaré un asunto?», y así es quizás, salvando las distancias cronológicas y por supuesto intelectuales, como hoy me encuentro yo aquí en esta sala y, sobre todo, ante esta audiencia.

Los, desde hoy, ilustrísimos señores Albert Blancafort i Engelfried, Albert Estrada i Rius, Leopoldo Gil Cornet y el que les está hablando, desearíamos en primer lugar dar las gracias a los ilustrísimos académicos que en su momento y en cada caso presentaron nuestras candidaturas y a la Acadèmia por haber aceptado sus propuestas. Creo hablar en nombre de nosotros cuatro cuando afirmo que este honor comporta una extraña sensación por un lado de abrumado, por considerarlo inmerecido, pero también al mismo tiempo de indisimulable orgullo. Por todo ello nuestras primeras palabras hacia la Acadèmia de Sant Jordi son de sincero agradecimiento, pero también de firme compromiso por intentar representar los intereses y el nombre de esta institución en nuestros respectivos lugares de residencia.

Con toda seguridad, más de uno de nosotros cuando recibimos la notificación oficial de nuestra propuesta como académicos de esta categoría, nos preguntamos de inmediato acerca de las obligaciones que comportaba tal dignidad. En mi caso reconozco que acudí a una de las últimas ediciones del diccionario de la Real Academia de la Lengua que definía "académico correspondiente", como «[...] cada uno de los miembros no numerarios de una corporación, que por lo general residen fuera de la sede de esta y colaboran con ella por correspondencia». A pesar de ser una edición reciente parecía más bien una definición extractada del célebre diccionario del Padre Terreros, que solía consultar en los ya lejanos años de redacción de mi tesis doctoral. Los tiempos indudablemente han cambiado, las distancias geográficas también y, además, por desgracia la inmediatez del e-mail ha venido a eclipsar por completo al evocador intercambio epistolar. De igual modo, en el siglo XVIII las relaciones de académicos aparecían como epílogo de casi todas las publicaciones de la Academia, mientras que en la actualidad nuestros nombres y curricula aparecen en la página web de la Acadèmia de Sant Jordi. Pero a pesar de todo ello, consideramos que el espíritu no ha variado en su

esencia en lo más mínimo. Un firme y responsable compromiso por erigirse en nuestros respectivos ámbitos profesionales de portavoces de los intereses, objetivos y, por qué no, dificultades de esta emblemática institución catalana.

Para todos los que como yo hemos pasado muchos años de nuestra vida consultando las actas y volúmenes de las "Juntas particulares y extraordinarias" en el archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, procediendo de manera concienzuda a anotar todos los nombres de los por entonces llamados "académicos de honor", en un intento por desentrañar las complejas cuestiones de sociabilidad de las Reales Academias en el siglo XVIII, somos sin duda conscientes de la trascendencia de que tu nombre quede siempre vinculado para la posteridad a una institución como la Academia de Sant Jordi. Cuando Claude Bédat en su célebre libro sobre San Fernando hace un análisis de los mencionados "académicos de honor", nombrados entre 1752 y 1808, aporta interesantes conclusiones sobre las distintas nacionalidades, el origen social y profesional, de todos ellos. En aquellas épocas tan sólo miembros de la familia real, de la nobleza, del estamento militar y en menor número del clero parecían poder aportar su tiempo, trabajo, dedicación o incluso sus contactos a una fundación de la naturaleza de una Real Academia. Es incuestionable que la sociedad ha evolucionado y con ella indudablemente nuestra Academia, que en esta tarde recibe a profesionales de ámbitos tan dispares como un arquitecto profesor, el conservador del gabinete numismático del MNAC, un maestro creador de órganos contemporáneos y, en mi caso, a un galerista, para formar parte de la institución.

Ya para concluir deseo servirme de nuevo de las palabras de Jovellanos, en esta ocasión con las que se despedía en 1780 en el manuscrito de su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia:

> [...] Yo le suplico humildemente y á sus sabios individuos que me disimulen una tardanza involuntaria, y unos defectos inevitables de mi parte, y que asegurándose de mi ardiente deseo de concurrir en cuanto pueda á los fines de su provechoso instituto, se digne de aceptar mi sincero y cordial reconocimiento que durará tanto tiempo como mi vida.

Acabo aquí la meva curta intervenció i reitero en nom de tots nosaltres el nostre agraïment a la corporació: acceptem amb gran joia l'honor que ens fa.

Moltes gràcies. Molt bona nit.

17 de desembre de 2014